

LYNN ANN MEISCH

## **EL ULTIMO TEJEDOR DE PONCHOS EN CHORDELEG**

Abel Rodas es un maestro tejedor. Don Abel es también el último de su clase, el último tejedor de ponchos de ikat en Chordeleg, un pequeño pueblo, 40 kms. al este de Cuenca, en los Andes del sur del Ecuador. El ha estado tejiendo durante 50 años; aprendió el oficio de su padre, a la edad de 15 años, quien a su vez, aprendió del abuelo de don Abel.

Si el Ecuador instituyera un Programa Nacional de Tesoro Viviente, como se ha hecho en el Japón, seguramente don Abel calificaría. El es un perfeccionista en su trabajo, al cual considera un arte, no meramente una artesanía. Un poncho de ikat, tradicionalmente usado por los hombres del área de Cuenca los días domingos

y en ocasiones especiales, le toma a don Abel siete días de trabajo. El cobra 900 sucres, alrededor de US\$ 34. Aparte de esto se encuentra el costo de la lana, de la tintura y de la leña, dando a don Abel un salario de menos de cincuenta centavos (de dólar) por hora.

Ikat (una palabra de origen malayo) designa un proceso en el cual una "resistencia" se aplica a los hilos antes de teñidos y tejidos. En el caso de don Abel, él envuelve los hilos de lana con cabuya, fibra de cacto "penco negro" (especie americana). La técnica del ikat, llamada en el Ecuador "tejidos amarrados" —tejidos teñidos—, es muy vieja. Hay ejemplos de ella, tanto en el norte

del Perú como en el sur del Ecuador. El Ministerio es si la técnica ha tenido una existencia continua o desapareció y fue reintroducida por los españoles después de la conquista en 1534. Don Abel no conoce el tiempo que la tradición de hacer ikat ha estado en su familia, pero sabe que se abuelo fue también un tejedor de ponchos y cobijas de ikat.

Los ponchos de ikat están desapareciendo lentamente en el área de Cuenca. Cada vez más una cantidad menor de hombres los llevan puestos y un tejedor como don Abel Rodas apenas puede llevar una vida decente tejiéndolos. La cultura en el área de Cuenca es denominada cholo. Esta es una cultura única en Ecuador, en donde las principales distinciones son generalmente entre indios y blancos, no existiendo la de un grupo intermedio como son los cholos. Los cholos hablan español y no quichua, llevan un vestuario distinto, basado en el vestido colonial español. Generalmente son gente del campo, granjeros y artesanos como don Abel.

Los cholos tejen los famosos sombreros de "Panamá", de paja toquilla, que constituyen la mayor parte de las exportaciones del Sur del Ecuador. Mientras muchos aspectos de la vida de los cholos son similares a los de los indios de la Sierra del Ecuador,

los cholos son muy cuidadosos al hacer una distinción entre ellos mismos y los indios. Esta distinción es menos racial de lo que es el lenguaje, el vestido y la identidad étnica.

Hoy existe una tendencia general a adquirir costumbres de occidente y al abandono de las costumbres. La propia familia de don Abel es un caso típico. El tiene tres niños que viven con él; un hijo de su esposa que murió y dos de su esposa actual, Lola Peláez. Mientras don Abel y Lola utilizan el vestuario del cholo, ninguno de sus hijos lo hace. Su hijo mayor, Raúl, es zapatero, actividad que es más lucrativa y prestigiosa que la de tejer. Aparentemente ni Raúl ni Damián, el hijo menor, poseen o visten uno de los ponchos hechos por su padre.

La familia Rodas vive en una casa de adobe arrimada a un lado de la montaña, al final de Chordeleg. La "chacra" de la familia, donde cultivan maíz, porotos y zambo, se extiende hasta la montaña atrás de la casa, próxima a un huerto de árboles de reinaclaudias. Un riachuelo que corre tras la casa provee de agua para la cocina y para el trabajo de tinturado. El lugar es verde, tranquilo y hermoso.

En un día cualquiera, don Abel está en el patio delantero

trabajando en los telares. Todos sus textiles son órdenes directas (obras). Nada de lo que don Abel hace es vendido en los mercados de Cuenca, Gualaceo o Chordeleg; sus tejidos deben ser ordenados personalmente. Don Abel también hace cobijas de ikat, pero él es especialmente conocido por sus ponchos con tinte de nogal.

Cualquier interesado en un poncho debe entregar a Don Abel un depósito. Con esto él compra tres kilos de hilo de lana el día domingo, en el mercado de Paute, diez kilos de nogal, ramas a un vecino, y de quince a a veinte kilos de leña.

El tiñe la lana para el cuerpo del poncho en una caldera de hierro tirando la lana dentro de ella, con la corteza aplastada y cocinada; todo esto durante cuatro horas. Don Abel es una de las pocas personas de la zona que usa tintes naturales. El es capaz de obtener veinte tonalidades de café, usando nogal y ochenta colores usando tintes sintéticos.

Hice docenas de viajes a Chordeleg para mirar, filmar y fotografiar a Don Abel y siempre me impresionó su habilidad artesanal. Luego de un día de teñido, cuando el hilo café se ha secado y está listo para tejer los hilos, don Abel examinó esto e insistió que el color estaba desigual. Para mí lu-

cía bien, pero el hilo regresó al recipiente. Este tipo de integridad es una de las cosas que hacen que sea un placer y una fascinación visitar a don Abel.

Abel Rodas, como tejedor, está situado entre dos puntos. Chordeleg fue una vez parte del Imperio Inca y en la cultura incásica y preincásica los textiles jugaron un papel importante que puede ser difícil de comprender. La ropa sirvió no solamente como cobertura del cuerpo, sino para indicar el status político y era quemada como ofrenda religiosa. Las akllakuna o mujeres escogidas, consagraban sus vidas al servicio del Sol y entre sus tareas estaba la producción de ropa fina.

97

Cuando los incas contaban los recursos de su imperio, enumeraban primero los humanos, segundo los animales camélidos, tercero el vestuario y las cerámicas en cuarto lugar. Los tejedores tenían una posición respetable y los tejidos más sobresalientes eran reconocidos. Sin embargo, para los españoles, esa clase de trabajo manual como la alfarería y el tejido, era mirado como de baja categoría y los verdaderos caballeros o damas no se involucraban en estas ocupaciones.

Muchas de las viejas actitudes en torno al tejido todavía se mantienen en las comunidades

indígenas de los Andes. Sin embargo, los cholos de Cuenca están acercándose a los valores europeos y alejándose de los valores indígenas. Algo del respeto por los tejedores es evidente en el título “don”, un reconocimiento a la posición del maestro Abel Rodas. En términos de la gran sociedad no indígena, don Abel, es considerado un cholo o campesino, una persona del campo. Y ni la sociedad de los cholos, ni la sociedad de los blancos ofrecen a don Abel la recompensa de una remuneración financiera decente.

Para don Abel, tejer es más que un medio de vida, es su expresión del arte y junto con él se conserva algo del respeto antiguo por el tejido.

No es que don Abel supiera hablar sobre esto, pero estas acciones son elocuentes, y él puede hablar de los puntos bellos de su arte. Considérense los tintes sintéticos, por ejemplo. Las franjas de ikat, una en cada lado del poncho, son teñidas con tintes sintéticos en lugar de naturales. Don Abel tiene una opinión definida de las cualidades de los diferentes tintes sintéticos, de la claridad y duración de sus colores. Él cree que los tintes sintéticos alemanes son los mejores. Los tintes peruanos y japoneses son pobres. Actualmente él puede conseguir únicamente tintes peruanos en las tiendas de

Cuenca; los alemanes y japoneses ya no se importan.

Don Abel tiñe más de diez colores; uno tras otro, en la misma olla, sin cambiar el agua; empieza con el amarillo y termina con el azul oscuro. El hilo, cuando se seca es colocado nuevamente en la mesa de urdimbre. Un arcoiris de rayas de alrededor ocho pulgadas de ancho, constituye la banda ikat. La banda entera es envuelta con cabuya, para formar un diseño de una V invertida, denominado plumilla. Los hilos teñidos son introducidos cuidadosamente en una olla con tinte sintético negro, el cual no penetra en las áres envueltas. Los hilos son colgados en un arbusto cerca de la casa, para secarse; entonces, cuidadosamente son desenvueltos.

La mitad del poncho, que combina la banda de ikat y el cuerpo teñido con nogal, es urdida nuevamente. Esta mitad de poncho se pasa nuevamente al telar de cintura. El telar está colocado en dos postes verticales, bajo el alero de la casa. Las herramientas para tejer y el telar que posee don Abel, fueron heredadas de sus abuelos. Sus “kalluwas” son hechos de chonta, palma de madera de la selva, y años de uso han dado un buen resultado. Cuando las herramientas no son utilizadas, se colocan en dos ganchos ubicados en la pared, sobre el tablero donde está montado el telar.



99

Cuando don Abel teje, su esposa Lola frecuentemente le acompaña. Ella teje sombreros de paja toquilla, como muchos de sus vecinos "cholos" y los vende en el mercado de Chordeleg. A menudo ayuda a don Abel con el teñido y también lo hace Damián cuando no está en la escuela. Don Abel disfruta de la compañía mientras trabaja y, algunas veces, vecinos y parientes se detienen a visitarle.

Años de práctica han dado a don Abel un buen ojo para las proporciones, pero él usa una re-

gla para medir el ancho de la banda de ikat. Cuando ha tejido una mitad del poncho se la coloca a un lado y pone la segunda mitad en el telar. Don Abel frecuentemente usa la primera mitad para medir la segunda mitad, mientras arregla la urdimbre; él insiste en que las dos fracciones de su poncho son idénticas, en centímetros.

Cuando don Abel está en la etapa de tejer la segunda mitad del poncho, él ha utilizado ya cinco o seis días de trabajo continuo en el

proyecto. En el día sexto o séptimo termina el poncho y tuerce y teje un cuello (Generalmente trabaja en un proyecto todos los días hasta terminar, pero durante la labranza, plantación y cosecha a veces, interrumpe su trabajo o lo alterna con el tejido). En el último día, las dos mitades del poncho, dejando un espacio para la cabeza, el borde es terminado y el cuello cosido. El poncho está listo para ser usado.

El domingo es el único día de descanso en el que don Abel no teje, pero a menudo viaja a Paute, para comprar en el mercado hilo para trabajar la semana siguiente.

Chordeleg está experimentando un pequeño auge de turistas. Ocho de las diez tiendas de la plaza de este pequeño pueblo (2.000 habitantes) venden artículos tales como joyería de filigrana, juegos de utensilios de madera, ropas bordadas y chompas de lana tejidas a mano. Sin embargo, muy pocos extranjeros visitan Chordeleg. Los turistas son ecuatorinos de clase media y alta, que pasan sus vacaciones en la Sierra, durante los meses más calurosos, y familias adineradas de Cuenca, muchas de las cuales poseen quintas (casas de verano) en el área.

Desde que estos turistas desean un estilo más moderno de

ropa y nada que tenga que ver con lo que los campesinos visten (como los ponchos de ikat), las tiendas ya no solicitan los tejidos de don Abel. Ellos venden muchos textiles de Otavalo, muchos cientos de miles de artículos del norte. Los tejedores indígenas y comerciantes de esta área, regularmente viajan a Chordeleg con sus textiles. Los otavaleños tejen específicamente para el comercio con los turistas, tanto nacional como internacional, y hacen un buen negocio con sus chales de orlón, chompas y ponchos no tradicionales.

Yo pregunté a Don Abel si Damían, su hijo menor, sería tejedor. El me dijo que no. Damían, como Raúl, probablemente aprenderá otro oficio, uno mejor pagado. No le pregunté a don Abel que fin tendría su inmenso conocimiento del tejido y tinturado —ninguno de nosotros quería hablar acerca de lo que el futuro depararía. ①

Reproducido con autorización de los editores de la revista "El Palacio", volumen 87, número 4.

Traducido por: Susana Ochoa A.